

La Noche Sin Riberas
Ángel M^a de Lera



En esta nueva novela, Ángel M.^a de Lera sigue fiel a sus constantes estéticas y formales en la interpretación del género novelesco, tan proclive, últimamente, a las más diversas y aún contradictorias lucubraciones teóricas.

Para Lera, novelar es contar una historia humana a través de unos personajes y un coro, pero transfigurada siempre por el toque de ese algo indefinible que se conoce como "factor novelesco", sin el cual no hay novela posible. Para ello, emplea un lenguaje claro, directo y sobrio, ligeramente tornasolado a veces por atenuadas irisaciones poéticas.

"La noche sin riberas" está contada a cuatro voces: la del narrador y las de sus tres principales protagonistas. Aquella, en tercera persona; y, éstas, en primera. Así, la verdad real u objetiva se enriquece con su exégesis por parte de los sujetos que la viven más intensamente, sin que por ello se menoscaben su unidad y su continuidad. Es la tercera novela, con "Las últimas banderas" y "Los que perdimos", de la tetralogía que Lera se ha propuesto escribir sobre la guerra y la posguerra españolas bajo la rúbrica común de "Los años de la ira" y que culminara en "Oscuro amanecer".

"La noche sin riberas" —noche total e infinita— recrea el período más triste y doloroso de la España contemporánea. Su autor viene a decirnos: "Aquello fue así, mal que nos pese. Sería inútil ignorarlo, porque se trata de hechos y circunstancias que nadie podrá sustraer de nuestra herencia común. Es mejor, pues, para todos que tomemos conciencia de ello, a fin de que sirva de experiencia aleccionadora e irrepetible en el futuro".

En otras ocasiones, Ángel M.^a de Lera, opuesto sistemáticamente a la violencia y al odio, ha dicho que la mejor escuela novelista es el sufrimiento y que escribir es compadecer al hombre y ayudarlo a conocerse a sí mismo y al mundo

que le rodea. Y “La noche sin riberas” es su más alto tributo a estas verdades sinceramente profesadas y lúcidamente trascendidas por sus singulares dotes de narrador.

Cierra las puertas, echa la aldaba, carcelero. Ata
duro a ese hombre: no le atarás el alma.

Miguel Hernández

¿Vivía? ¿Estaba muerto? ¿Qué me ocurría? Dios,
¿qué es esto, dónde estoy, qué has hecho de mí?
Pero Dios permaneció inaccesible y mudo. Estaba,
pues, definitivamente solo en medio de lo desco-
nocado, en el fondo de una noche sin riberas, solo,
solo, solo.

Federico Olivares

I

Un patio cuadrangular, tres de cuyos lados lo formaba una construcción de mampostería de dos plantas con dos filas, paralelas y simétricas, de tragaluces enrejados. En los ángulos, ventanas protegidas también por rejas, en la planta superior; y, en la inferior, una puerta chapada y con mirilla. Otra puerta semejante en el murallón liso del cuarto lado comunicaba el departamento celular con el resto de la enorme prisión. Alrededor de los cuatro muros corría una acera de cemento agrietada y desportillada en algunos tramos. El espacio de tierra así limitado recordaba que allí hubo, en algún tiempo, un conato de jardín, del que sólo quedaban cuatro raquíticos árboles, uno en cada esquina.

Ahora, en el centro, se veía una mesa cubierta con un paño blanco, sobre la que se alzaban un crucifijo, dos velas y un misal. Un sacerdote ventrudo, de doble papada y calvo, celebraba misa ante tan escueto altar, ayudado por un hombre menudo, de cabeza ratonil, vestido con un traje de pana oscura. Tras ellos, más de medio centenar de hombres en formación, flanqueados por varios guardianes, asistían a la ceremonia con fastidio y desgana bien patentes.

La mañana se cernía en lo alto como una doncellez azul, lejana, imposible, y palpitaba en el aire suave que movía las hojas de los árboles enfermizos y acariciaba voluptuosamente a los hombres de la formación, estremeciéndolos, porque les sugería que, al otro lado de aquellos muros, el campo se desparramaba por la llanura sin límites como una invitación a la huida, a la carrera, a ser viento y remontar los montes y los mares y ser libres, libres, libres.

El sacerdote rezaba rutinariamente las preces latinas que nadie escuchaba, y el acólito farfullaba respuestas ininteligibles, alzaba el borde de la casulla cada vez que el oficiante doblaba la rodilla, o trasladaba el misal de un extremo a otro de la mesa a una indicación de aquél.

—Dominus vobiscum.

Abría y cerraba los brazos, de cara a los presos, al tiempo de entornar beatíficamente los ojos e hinchar la doble papada, en ademán litúrgico de amor fraterno, aunque su voz, átona y ritual, dejase caer de sus labios las palabras como caen de los árboles las hojas secas en otoño.

—Et cum spiritu tuo —respondió atropelladamente el acólito con trazas de ventero o de albéitar rural.

La calma, el silencio y la indiferencia transformaban la escena real en una especie de pantomima fantástica, nebulosa, evanescente. Nada de lo que se decía o hacía ante sus oídos o sus ojos tenía sentido alguno para los hombres obligados a presenciar, formados en filas, mudos y ajenos testigos, aquel acto impío. Algunos de ellos permanecían con los ojos cerrados, quien miraba al cielo o se entretenía en contar los tragaluces y los barrotes de las rejas, quien se abstraía, con los ojos abiertos, pero sin ver lo que le rodeaba, en sus propias cavilaciones. No faltaban tampoco los que a través del hilo de miradas y guiños disimulados se trasmitían sus acordes sentimientos de repugnancia y desdén por aquella farsa con pretensiones de función religiosa. Tal vez difirieran entre sí en que unos desearan que terminase cuanto antes, mientras que otros, en cambio, prefiriesen que se prolongara lo más posible con tal de respirar más tiempo el aire que trascendía de la campiña, impregnado de un olor indefinible a vides, ortigas, herbazales y sequíos lejanos. Sólo los guardianes, estirados y serios, aceptaban su papel de funcionarios en acto de servicio, aunque les aburriese y fastidiase.

De pronto, el sacerdote se volvió hacia los asistentes. Ya no había beatitud en sus ojos. La misa, como el altar, que-

daba tras él. Ahora tenía enfrente a unas docenas de hombres que le miraban sin disimular el odio y el desprecio que sentían por su persona.

—Queridos hermanos —dijo, tras cruzar las grandes y gordas manos sobre la obscena curva de su vientre de hombre bien cebado.

El incongruente saludo espolvoreó sonrisas ácidas en los labios de algunos oyentes mientras provocaba en otros fruncimientos de cejas y gestos de hostilidad. (*Hombre, queridos hermanos, ¿eh? Hermanos, ¿de qué, de cuándo, de cómo? ¡Vaya jeta que tiene el tío este! A lo mejor dice que es amigo nuestro... Pero, ca, ya te hemos calao, bacalao. Pues no le ha sentado mal la guerra, no. Mírale, mírale. A que ha sido secretario de alguna colectividad o de alguna cooperativa nuestra... No nos vendrás con la monserga de que, si te arrear una hostia en un carrillo, pongas el otro, ¿eh?, gran cabrón. Ni con el cuento de la amnistía... Venga, acaba pronto y déjanos en paz. ¿A cuántos has tratado de confesar antes de que se los llevasen al picadero y a cuántos has bendecido después de haberlos fusilado?*)

El oficiante, impertérrito, continuó, después de una pausa:

—Renuncio por hoy a explicaros el Evangelio, porque me supongo que os interesa más saber dónde estáis. No niego, no, que sepáis ya su condición. ¿Quién no ha oído alguna vez el nombre de este penal? Es famoso. Pero el nombre no basta. Ahora lo conoceréis por dentro, de verdad, y es conveniente que preparéis vuestro ánimo y se os diga desde el principio a qué debéis ateneros para que os resulte menos penoso.

Hizo otra pausa y sonrió de nuevo. Los hombres de la formación empezaron a agitarse, a cambiar de postura, a mirarse entre sí, ya sin disimulos, y a mostrar descaradamente su repulsa a las palabras del sacerdote. Este prosiguió, respondiendo intuitivamente a la réplica muda del auditorio:

—Sí, porque ésta no es como esas improvisadas prisiones de Madrid, donde la disciplina deja mucho que desear por la sencilla razón de que sus edificios, construidos para otros menesteres, no reúnen las condiciones precisas. Esta, en cambio, es una prisión modelo, clásica, en la que el orden y la disciplina son muy severos. Tened en cuenta que no habéis llegado aquí por casualidad, sino para extinguir condena, una larga condena. Porque no debéis olvidar una cosa y es que estáis aquí por la benevolencia del Caudillo, pues lo más seguro es que la mayoría de vosotros merecería estar ya en el otro barrio, criando malvas.

Una tos y carraspeos, seguidos inmediatamente de un nutrido coro de toses y carraspeos, fue la respuesta protestataria de los forzados oyentes, y el orador se interrumpió, hasta que uno de los guardianes, alto, rubio, de cabeza erguida y con aspecto de girasol, se adelantó unos pasos y gritó, con voz chillona:

—¡Silencio! ¡Fir-més!

Se acallaron los rumores y los presos juntaron los pies. El cura prosiguió en un tono menos evangélico todavía:

—¡Bien! Si todos fuerais inocentes, ¿queréis decirme quién dio martirio a tantos miles de sacerdotes y religiosos, quién asesinó a tantos buenos patriotas y cristianos?

Sus palabras eran gritos, estocadas. Naturalmente, nadie contestó sus preguntas, y él prosiguió, jadeante:

—No sé quién de vosotros lo haya hecho ni me importa, pero todos sois reos de la misma culpa. ¡Todos! —Marcó otra pausa para respirar hondo, y siguió diciendo—: Nosotros no queremos venganza, sino justicia. Ahora bien: una cosa es la justicia de Dios, Nuestro Señor, infinitamente misericordioso, quien ya os ha perdonado, y otra la justicia de los hombres, que exige el castigo y la expiación de la culpa aquí, en la tierra. Entended esto bien a fin de que no confundáis la una con la otra. Por vosotros y otros muchos, muchísimos, se ha derramado tanta sangre en España y el país entero ha quedado en ruinas, sabe Dios por cuánto tiempo.

Siendo así, ¿qué esperáis? ¿Borrón y cuenta nueva? Eso, ¡nunca! Y desengañosos de una vez: no habrá amnistía ni perdones generales. Por demasiada blandura ocurrió lo que ocurrió. Si cuando la revolución de Asturias se hubiese hecho una justicia ejemplar, tengo por seguro que no hubiera sido necesario un 18 de julio. Eso está claro y, como está claro, yo os aseguro que no se volverá a repetir.

Una nueva pausa, otro respiro y, finalmente:

—Pesa sobre vosotros una condena de treinta años de reclusión mayor. Bien. A pesar de todo, yo no creo que la cumpláis enteramente. No. Tantos años, seguramente no. Pero por lo menos veinte, sí. Veinte no hay quien os los quite. Así que haceros a esta idea, aceptadla y tratad de cumplir aquí dentro lo mejor posible y todo os resultará más fácil y llevadero. Y que Dios os bendiga.

Y volvió bruscamente la espalda al rostro pétreo, un solo rostro, de todos aquellos hombres, que acababa de ser abofeteado de una manera tan ignominiosa.

La misa continuó a un ritmo más rápido. Cuando llegó el momento de la consagración, los reclusos, a una voz de mando, hincaron una rodilla en tierra, conteniendo difícilmente el grito blasfemo que les escocía las gargantas. Luego, otra vez a pie firme, los hombres de la formación siguieron, impasibles e indiferentes, el desarrollo de la ceremonia hasta su final. Sólo comulgó el acólito.

—¡En filas de a dos! ¡Marchen!

La doble fila, sin garbo militar ni aire deportivo alguno, se dirigió entonces hacia la puerta chapada y con mirilla, que un guardián había abierto previamente, y penetró en el tétrico corredor con piso de cemento, a cuyos lados se alineaban las celdas, cada una con su número y su mirilla o chivato, dispuestas de modo que ninguna puerta quedase enfrente de otra. Seis de ellas, situadas en el mismo lado, aparecían abiertas.

—¡Alto! —gritó un guardián al llegar la cabeza de la columna a las celdas abiertas, y añadió después—: ¡Cada uno

a su celda! ¡Rápido!

Una vez dentro, diez en cada celda construida para un solo inquilino, sus ocupantes se colocaron de nuevo en dos filas, frente a frente, y permanecieron en actitud rígida hasta la aparición del guardián. Entonces levantaron el brazo al estilo fascista y gritaron:

—¡Arriba España!

El grito se repitió seis veces y fue seguido de los correspondientes portazos y cerrojazos que ejecutaba el acólito corriendo tras el guardián.

Cuando al fin terminó todo y pudieron hablar, dijo Molina:

—¿Qué os parece el ejemplar de cura que nos ha tocado?

—Una mala bestia.

—Valiente marrajo.

—Pues si el cura es así, ¿cómo serán los carceleros?

Llegamos la noche anterior, en tren, con escolta de guardias civiles, muy animados por la noticia de la invasión de Polonia, que preludiaba, a nuestro juicio, una nueva conflagración mundial en la que se jugaría otra vez nuestro destino, y todavía con las huellas de los abrazos y los besos de los seres queridos en la despedida de la estación. Para algunos casi era un viaje inútil pues pensaban que retornaríamos en breve, libres y victoriosos, a consecuencia de la rápida e inevitable derrota de las potencias fascistas. Pero, desde la estación de ferrocarril donde nos apeamos hasta el penal, había un largo, polvoriento y empinado camino que debíamos recorrer a pie, cargados con los petates, maletas y fardeles, bajo el hálito sofocante de los campos abrasados, y rápidamente perdimos el buen humor y empezamos a sentir los efectos del ahogo y de la fatiga. Menos mal que los guardias civiles de la escolta nos permitieron detenernos de cuando en cuando para respirar y cam-

biar de hombro y mano los pesados equipajes. Cinco o seis meses de inmovilidad en la cárcel y de una alimentación apenas suficiente para subsistir nos habían debilitado físicamente hasta el extremo de que aquella marcha que en la guerra, cargados con el fusil y demás pertrechos militares, nos hubiera parecido un simple paseo, exigiese de nosotros un esfuerzo superior a nuestras fuerzas. Así que, al alcanzar las primeras casas del pueblo, todos estábamos físicamente agotados. Tras una nueva parada para reagruparnos, puesto que algunos, al no poder seguir el ritmo de marcha impuesto por la cabeza de la formación, habían quedado muy retrasados, reemprendimos la caminata.

Íbamos en filas, bordeando las aceras en las que los vecinos del lugar, huyendo del calor almacenado en sus casas, esperaban el sueño y la leve brisa que intermitentemente venía de la oscuridad, sentados en taburetes o en el suelo y con el botijo cerca. Se oyeron de pronto unos gemidos dolientes y corrió por los expedicionarios un estremecimiento de compasión. Era una vieja vestida de luto, sarmantosa, con pañalón negro sobre la cabeza, quien gemía, y Agustín quiso consolarla diciéndole en tono jovial, aunque le salió ronca la voz por el polvo y el reseco de la garganta:

—No llore, abuela. Ya verá qué pronto estaremos otra vez libres.

La columna se había detenido. La vieja, al oír las palabras de Agustín, levantó hacia él la mirada y, agitando las manos retorcidas, le gritó, con palabras entrecortadas y silbantes:

—Eso es lo que yo siento, canallas. ¡Deberíais estar todos colgados!

Agustín y los que, junto a él, recibieron en el rostro el sople de odio de aquel ser caduco y engarabitado, se quedaron fríos. Ya no se habló más ni nos detuvimos hasta encontrarnos frente a la gran puerta de la prisión, flanqueada por las garitas de los centinelas.

Formamos en el cuerpo de guardia para el recuento y cambio de papeles y firmas entre el jefe de la escolta y el funcionario de prisiones que se hizo cargo de nosotros.

—¡De frente! ¡Marchen!

Cargar otra vez con la impedimenta que nos pesaba más a cada momento. Chirridos de cerrojos y rastrillos que nos engullían. Todo ejecutado con rapidez, atropelladamente, a la luz velada de unas sucias bombillas eléctricas.

Recorrimos un foso amurallado, sumido en densa oscuridad, y finalmente, traspusimos una puerta, abierta en uno de los muros, para desembocar en un estrecho corredor, con puertas a ambos lados, sobre el que resonaban lúgubremente nuestras pisadas, e iluminado también por pobres y distantes puntos de luz.

—¡Alto!

Allí nos esperaban otros tres funcionarios. El de más edad, delgado, con el estómago hundido, de cara rugosa y boca mal dentada, nos habló así:

—Acaban ustedes de entrar en este centro penitenciario y todos esperamos que se porten bien, que obedezcan y callen. Ahora ocuparán las celdas que se les han asignado. Diez en cada una. Apréndanse bien su número para que lo canten cada vez que tengan que llamar por algo. En los recuentos y en cualquier ocasión en que aparezca ante ustedes un funcionario, se pondrán en actitud de firmes, saludarán con el brazo en alto y gritarán ¡Arriba España! ¿Entendido? Lo demás lo irán aprendiendo sobre la marcha, pero sepan desde ahora que aquí se castiga con el máximo rigor cualquier falta a la disciplina. Y nada más por ahora. ¡Firmés!

Y, en posición de firmes, cantamos el «Cara al Sol», cuyas briosas notas, salidas de gargantas reseca, y entubadas por los angostos y resonantes corredores, repercutieron, no como las de una alegre canción de juventud y de guerra, sino como aullidos de perro apaleado. Y, los tres gritos finales, como tres estacazos.

Entramos después en las celdas, en las que habríamos de convivir diez personas durante las veinticuatro horas del día. Una taza evacuatorio, una bombilla junto al alto techo, una mesa consistente en una tabla clavada sobre dos maderos incrustados en el muro, un grifo, un cubo, un botijo y el tragaluz sin cristales, cruzado por dos barrotes de hierro en cruz, constituían el mobiliario y la decoración del habitáculo.

Inmediatamente se cerraron las puertas y sonaron seis rotundos portazos que encogieron nuestros corazones. Y se apagó la bombilla.

Nuestro primer movimiento fue el de abalanzarnos sobre el grifo y el botijo, pero aquél estaba seco y, éste, vacío. Entonces, alguien propuso dar unos golpes sobre la puerta. Y así lo hizo. Otros le imitaron en las celdas contiguas y el túnel retumbó con los ecos múltiples y profundos del tableteo, hasta que se oyó, sobre el estrépito, una voz imperiosa:

—¡Silencio!

Cuando cesó el aporreo de las puertas, la misma voz preguntó:

—¿Qué número?

Y, a través de las mirillas, se dispararon las respuestas:

—¡La veintiuna!

—¡La diecisiete!

—¡La diecinueve!

Otra vez cortó la algarabía la misma voz de mando:

—¡Silencio! —añadiendo—: ¿Qué quieren?

—¡Agua!

—¡Agua!

—¡Agua!

—¡Silencio! Y, tras el silencio, el aviso:

—Sólo se da agua durante dos horas, por las mañanas, después del desayuno, para el aseo personal y de la celda. Tendrán que llenar entonces el botijo si quieren tener agua que beber durante el resto del día. Y ahora, ¡a callarse!

No nos fue posible extender los diez petates sobre el suelo, porque no cabían más que seis. Luego, nos desnudamos a ciegas y nos dejamos caer sobre el duro lecho común, apretujados, rozándonos unos con otros, sudorosos, jadeantes, silenciosos, y martirizados por la obsesión de la sed, sin más deseo que el de quedarnos rápidamente dormidos para huir de aquella realidad hostil y denigrante. Ni siquiera Agustín tuvo ánimo para lanzar una de sus características humoradas. Al poco rato, sólo se oía el chasquido de las lenguas pastosas de quienes entreveían, tal vez, a la luz de la imaginación, hontanares que manaban, a borbotores, agua cristalina y fresca. Y pronto comenzó el concierto de los roncadores.

Entre tanto, la noche, con su oscuro e impenetrable rostro acuchillado por los barrotes, nos miraba desde su inmensa lejanía, muda e inmisericorde.

El agudo toque de corneta nos despertó súbitamente, sacudiéndonos y zarandeándonos, y, sin apenas darnos cuenta, nos vimos de pie, mirándonos los unos a los otros como si ninguno supiera dónde se encontraba, atónitos, desconcertados, temerosos. Pero la común perplejidad sólo duró unos instantes, porque Agustín se dirigió en seguida al grifo y el gorgoteo del agua luchando con el aire en la tubería nos despabiló completamente.

—¡Agua! —fue la exclamación unánime.

De pronto, la exigencia de la sed se nos hizo irresistible. Algunos trataron de apoderarse del grifo, pero les contuvo Agustín

—No. Primero, el botijo. Después, el cubo. Yo me encargo de llenarlos mientras vosotros recogéis los petates.

Los ansiosos e impacientes se dominaron y todos a una nos pusimos a recoger y enrollar las colchonetas mientras oíamos caer el agua en la panza sonora de la vasija, tentadoramente. Levantamos las camas y nos vestimos de prisa, como autómatas, y sin cruzar palabra aunque a veces nos tropezásemos y nos estorbásemos. Y cuando quedó lleno

el botijo, Agustín, todavía en calzoncillos, colocó el cubo bajo el manadero y alzó aquél sobre su cabeza.

—Anoche —dijo— soñé que estaba en Aranjuez y que me bebía el Tajo —y luego se apagó su voz, ahogada por el chorro de agua que ingurgitaba estruendosamente.

El botijo fue pasando de uno a otro. Bebíamos con tal ansia y vehemencia que algunos se atragantaban y vertían el agua lastimosamente. Al fin saciamos la sed que nos atormentaba. Entonces orinamos en fila y en fila nos refregamos someramente el rostro sobre la taza evacuatorio, con el agua que extraíamos del cubo con los platos de aluminio, que así nos servían también de jofaina.

El desayuno consistió en un cazo de agua negra y humeante, edulcorada ligeramente con sacarina, que nos repartió un rancharo bajo la vigilancia de un guardián, al que saludamos previamente al estilo fascista y con el grito de ¡Arriba España!

Cuando se cerró de nuevo la celda, desatamos los fardes, pero antes de que cada cual comenzase a comer de lo suyo, habló Molina:

—Como no sabemos el tiempo que vamos a estar aquí juntos ni cuándo podremos recibir otra vez alimentos de casa, yo propongo que formemos una sola república con todo lo que tenemos y que alguien se encargue de administrar y repartir equitativamente entre todos lo que hay, porque no vamos a consentir que unos coman mientras otros miran, ¿no? Y creo que debemos hacer lo mismo con el tabaco.

Sólo se opuso Jesús:

—Lo siento mucho, pero yo no puedo participar en esa república porque no he traído nada de comer, y porque, además, no fumo.

Jesús, pequeño, de cabeza grande, sonreía y nos miraba humildemente.

—Pues por eso mismo, nadie mejor que tú para administrar nuestra república. Voto por ti.